



27 DE ABRIL 2025

Domingo 2º de pascua



Vivimos desafíos inéditos tanto para la comunidad cristiana como la sociedad. Y necesitamos levantar la moral, ganar en confianza y esperanza, cuidar el hogar en que esto sea posible.

Hago silencio e invoco al Espíritu que abre puertas y ventanas de mi vida para que entre la sorpresa, la novedad, la paz.

Y lo hago "En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" y lo hago en

comunión con (pon aquí nombres/rostros de personas, grupos, creyentes o no, con quienes buscas abrir sendas de justicia y esperanza, de otro mundo posible en que reine la paz, y de creyentes con quienes buscas una Iglesia que sin falsa humildad haga una propuesta valiosa, ilusionante a nuestra sociedad que necesita brújula.)

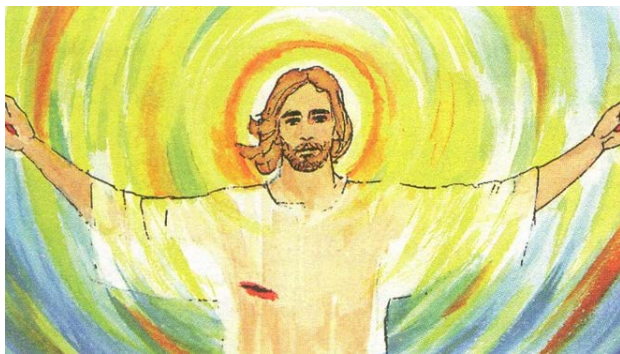
<https://www.youtube.com/watch?v=s0MHLrDD65k>

El libro de la Revelación (Apocalipsis), grito de aliento para aquellas comunidades acogotadas comienza –y son también palabras para nosotros-

Un domingo se apoderó de mí el Espíritu, escuché detrás de mí una voz, potente como una trompeta que decía: "lo que ves escríbelo en un libro y envíalo a las siete Iglesias....

Me volví para ver de quien era la voz que me hablaba y al volverme vi siete lámparas de oro, y en medio de las lámparas un figura humana vestida de larga túnica, el pecho ceñido de cinturón de oro, cabeza y cabello blancos... los ojos como llamas de fuego... de su boca salía una espada afilada... su aspecto como el sol brillando con toda su fuerza. Nada ás verlo caía a sus pies como muerto, pero él poniendo encima la diestra me dijo: No temas. Yo soy el primero y el último, el que vive, estuve muerto y ahora ves que estoy vivo por los siglos" (Ap, 10-18)

Señor Jesús, "tantos me dicen que está muerto".... Más confío en que sabrás abrir mi corazón y el de mis hermanos. Señor Jesús, que sepa acoger el regalo de Tu presencia renovadora, Tu vida plena, Tu paz incomparable. En estos días de la Pascua, dentro de la comunidad, escucharé Tu palabra, y te oiré invitarme a creer, a ser enviado. No me dejes de Tu mano porque quiero ser tu discípulo/a sin acomplejamientos. AMEN.



Juan 20, 19-31

Al **anochecer** de aquel **día, el primero de la semana**, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por **miedo** a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «**Paz a vosotros**».

Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los

Discípulos **se llenaron de alegría** al ver al Señor. Jesús repitió: «**Paz a vosotros**. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo».

Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, **no estaba con ellos** cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor». Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo».

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y **Tomás con ellos**. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, **se puso en medio** y dijo: «**Paz a vosotros**».

Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente».

Contestó Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!». Jesús le dijo: «¿*Por qué me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto*».

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

Mientras escuchas esta parte de la Sinfonía de la Resurrección de Mahler¹
www.youtube.com/watch?v=wGWUkD00wI8

1. *Volvemos al texto para fijarnos en múltiples detalles: al anochecer ...con puertas cerradas (miedo en la noche) ... Reunidos "el primer día de la semana"... "a los ocho días" (¿estamos entonces en el domingo? ¿en la eucaristía?); el Señor se sitúa "en medio"; un Tomás que no cree (estaba fuera) y un Tomás que cree (está en el grupo); el anuncio de paz tres veces; la alegría que sucede al miedo cuando se escucha; la insistencia en las llagas (el resucitado es el que mataron, el que pateó Galilea con ellos, no es el mismo pero es él mismo); la bienaventuranza Para los tengan vida en su nombre....*

2. *¿Qué me quiere decir el Señor? ... a mí que quizás estoy con miedo o con miedos por la situación social, (guerras, rearme, renacer de populismos, confrontación permanente....) por la situación eclesial de minoría, porque nos han cambiado el paisaje, situación inédita en que no acabamos de saber situarnos.... ¿sólo "contraste paciente"? , o personal... quizás estoy con las puertas de mi vida cerradas a la novedad, a la esperanza, al envío, con la moral baja... ¿Qué me dice a mí que quizás estoy ausente de la comunidad... que estoy asustado por las dudas.... Y quiero comprobaciones racionales.... O al estar alejado me voy haciendo un Señor a mi medida... un "fetiche" al que recurrir cuando haya problemas?*

3. En estas circunstancias y con estas "provocaciones" ¿qué me sale del corazón decirle al Señor? ¿Será darle gracias pues su don de paz que hace pasar del miedo a la alegría? ¿reconocer que mis dudas me paralizan y necesito seguir adelante aunque haya niebla pero confiando en El? ¿agradecer la comunidad en que vivo y me ayuda a ver, a encontrar paz, a sentirme enviada?.....

4. ¿Qué me invita a retocar en mí vida, a reforzar en mi vida...? ¿Qué puedo "resucitar" (hacer nuevo posibilitando brote lo esencial de la vida personal, comunitaria o social) en mi vida, mi parroquia o grupo, en los ámbitos sociales en que me muevo?

5. Recapitula estos momentos y destaca aquello que quieres "llevarte de Este rato de oración". Lo que más te haya impactado... y lo agradezco al Señor.

Y ahora movidos por el Espíritu nos atrevemos a decir: PADRE NUESTRO o GURE AITA.



www.youtube.com/watch?v=zGebCX4NbdE

NO BUSQUÉIS ENTRE LOS MUERTOS A LA VIDA.
NO LLORÉIS ENTRE LAS SOMBRAS A LA LUZ.
CANTAD, PORQUE LA MUERTE ESTÁ VENCIDA.
CANTAD QUE DIOS ES EL SEÑOR JESÚS.

No busquéis por las montañas ni los valles. No busquéis en las estrellas, junto al sol: buscadle por las plazas y las calles, en cada ser que vive está el Señor.	No quedéis mirando al cielo o a las nubes, esperando un nuevo gran libertador. Mirad: la luz que sale de las sombras es fuerza salvadora del Señor.
No te canses recorriendo tu camino, si la luz de nuestra Pascua no es tu luz.	No sueñes vanamente tu destino: no hay vida, si no está el Señor Jesús.

<p>Eres pascua, aunque tus proyectos fracasen, si mantienes la confianza en hombres y mujeres y dejas a Dios ser Padre y Madre.</p> <p>Eres pascua, aunque tu vida parezca estéril, si te sientes habitado por su presencia amiga que misteriosamente te acompaña y salva.</p> <p>Eres pascua, aunque en nada destaques, si bebes en sus manantiales y te conformas con ser simplemente cauce.</p> <p>Eres pascua, aunque andes errante, si compartes lo que eres y tienes y despiertas alegría en otros caminantes.</p> <p>Eres pascua, aunque seas débil y torpe, si escuchas su palabra serena y abierta —"Soy yo, no temas"— y dejas que florezca.</p>	<p>Eres pascua, aunque pidas pruebas para creer, si besas las llagas que otros tienen y esperas entre hermanos su presencia.</p> <p>Eres pascua, aunque tus manos estén vacías, si te abres al otro, el que sea, y le dejas que ponga tu corazón en ascuas.</p> <p>Eres pascua, aunque no lo creas, aunque te rompas en mil pedazos, aunque mueras en primavera..., porque Él pasa y te libera.</p> <p>Eres pascua, aunque tengas las puertas y ventanas cerradas, porque Él te ama y se hace presente para abrirte a la vida y alegrarte. (Florentino Ulibarri)</p>
---	--



Texto íntegro de la homilía pascual del Papa Francisco

María Magdalena, al ver que la piedra del sepulcro había sido retirada, salió corriendo para avisárselo a Pedro y a Juan. También los dos discípulos, al recibir la desconcertante noticia, salieron y —dice el Evangelio— «corrían los dos juntos» (Jn 20,4). **¡Todos los protagonistas de los relatos pascuales corren!** Y este “correr” expresa, por un lado, la preocupación de que se hubieran llevado el cuerpo del Señor; pero, por otro lado, la carrera de la Magdalena, de Pedro y de Juan manifiesta el deseo, el impulso del corazón, la actitud interior de quien se pone en búsqueda de Jesús. Él, de hecho, ha resucitado de entre los muertos y, por eso, **ya no está en el sepulcro. Hay que buscarlo en otra parte.**

Este es el anuncio de la Pascua: hay que buscarlo en otra parte. ¡Cristo ha resucitado, está vivo! La muerte no lo ha podido retener, ya no está envuelto en el sudario, y por tanto no se le puede encerrar en una bonita historia que contar, no se le puede reducir a un héroe del pasado ni pensar en Él como una estatua colocada en la sala de un museo. Al contrario, hay que buscarlo, y por eso no podemos quedarnos inmóviles. **Debemos ponernos en movimiento, salir a buscarlo: buscarlo en la vida, buscarlo en el rostro de los hermanos, buscarlo en lo cotidiano, buscarlo en todas partes menos en aquel sepulcro.**

Buscarlo siempre. Porque si ha resucitado de entre los muertos, entonces Él está presente en todas partes, habita entre nosotros, se esconde y se revela también hoy en las hermanas y los hermanos que encontramos en el camino, en las situaciones más anónimas e imprevisibles de nuestra vida. Él está vivo y permanece siempre con nosotros, llorando las lágrimas de quien sufre y multiplicando la belleza de la vida en los pequeños gestos de amor de cada uno de nosotros.

Por eso la fe pascual, que nos abre al encuentro con el Señor Resucitado y nos dispone a acogerlo en nuestra vida, está lejos de ser una solución estática o un instalarse tranquilamente en alguna seguridad religiosa. Por el contrario, **la Pascua nos impulsa al movimiento**, nos empuja a correr como María Magdalena y como los discípulos; **nos invita a tener ojos capaces de “ver más allá”**, para descubrir a Jesús, el Viviente, como el

Dios que se revela y que también hoy se hace presente, nos habla, nos precede y nos sorprende. Como María Magdalena, cada día podemos sentir que hemos perdido al Señor, pero cada día podemos correr a buscarlo de nuevo, sabiendo con seguridad que Él se deja encontrar y nos ilumina con la luz de su resurrección.

Hermanos y hermanas, esta es la esperanza más grande de nuestra vida: podemos vivir esta existencia pobre, frágil y herida, aferrados a Cristo, porque Él ha vencido a la muerte, vence nuestras oscuridades y vencerá las tinieblas del mundo, para hacernos vivir con Él en la alegría, para siempre. **Hacia esa meta, como dice el apóstol Pablo, también nosotros corremos, olvidando lo que se queda a nuestras espaldas y proyectándonos hacia lo que está por delante** (cf. Flp 3,12-14).

Apresurémonos, pues, a salir al encuentro de Cristo, con el paso ágil de la Magdalena, de Pedro y de Juan. El Jubileo nos llama a renovar en nosotros el don de esta esperanza, a sumergir en ella nuestros sufrimientos e inquietudes, a contagiar con ella a quienes encontramos en el camino, a confiarle a esta esperanza el futuro de nuestra vida y el destino de la humanidad. Y por eso no podemos aparcarnos el corazón en las ilusiones de este mundo ni encerrarlo en la tristeza; debemos correr, llenos de alegría. Corramos al encuentro de Jesús, redescubramos la gracia inestimable de ser sus amigos. Dejemos que su Palabra de vida y de verdad ilumine nuestro camino. Como dijo el gran teólogo Henri de Lubac, «debe bastarnos con comprender esto: el cristianismo es Cristo. No es, en verdad, otra cosa. En Jesucristo lo tenemos todo» (Las responsabilidades doctrinales de los católicos en el mundo de hoy, Madrid 2022, 254).

Y este "todo", que es Cristo resucitado, abre nuestra vida a la esperanza. Él está vivo, Él quiere renovar también hoy nuestra vida. A Él, vencedor del pecado y de la muerte, le queremos decir: "Señor, en la fiesta que hoy celebramos te pedimos este don: que también nosotros seamos nuevos para vivir esta perenne novedad. Límpianos, oh Dios, del polvo triste de la costumbre, del cansancio y del desencanto; danos la alegría de



despertarnos, cada mañana, con ojos asombrados al ver los colores inéditos de ese amanecer, único y distinto a todos los demás. [...] Todo es nuevo, Señor, y nada se repite, nada es viejo." (cf. A. Zarri, Quasi una preghiera).

Hermanas, hermanos, en el asombro de la fe pascual, llevando en el corazón toda esperanza de paz y de liberación, podemos decir: contigo, Señor, todo es nuevo. Contigo, todo comienza de nuevo.

MENSAJE «URBI ET ORBI» DEL SANTO PADRE FRANCISCO

PASCUA 2025 Plaza de San Pedro Domingo, 20 de abril de 2025

Cristo ha resucitado, ¡aleluya!

Hermanos y hermanas, ¡feliz Pascua!

Hoy en la Iglesia resuena finalmente el aleluya, se transmite de boca en boca, de corazón a corazón, y su canto hace llorar de alegría al pueblo de Dios en todo el mundo.

Desde el sepulcro vacío de Jerusalén llega hasta nosotros el sorprendente anuncio: Jesús, el Crucificado, «no está aquí, ha resucitado» (Lc 24,6). No está en la tumba, ¡es el viviente!

El amor venció al odio. La luz venció a las tinieblas. La verdad venció a la mentira. El perdón venció a la venganza. El mal no ha desaparecido de nuestra historia, permanecerá hasta el final, pero ya no tiene dominio, ya no tiene poder sobre quien acoge la gracia de este día.

Hermanas y hermanos, especialmente ustedes que están sufriendo el dolor y la angustia, sus gritos silenciosos han sido escuchados, sus lágrimas han sido recogidas, ¡ni una sola se ha perdido! En la pasión y muerte de Jesús, Dios ha cargado sobre sí todo el mal del mundo y con su infinita misericordia lo ha vencido; ha eliminado el orgullo diabólico que envenena el corazón del hombre y siembra por doquier violencia y corrupción. ¡El Cordero de Dios ha vencido! Por eso hoy exclamamos: «¡Cristo, mi esperanza, ha resucitado!» (Secuencia pascual).

Sí, la resurrección de Jesús es el fundamento de la esperanza; a partir de este acontecimiento, esperar ya no es una ilusión. No; gracias a Cristo crucificado y resucitado, la esperanza no defrauda. ¡Spes non confundit (cf. Rm 5,5)! Y no es una esperanza evasiva, sino comprometida; no es alienante, sino que nos responsabiliza.

Los que esperan en Dios ponen sus frágiles manos en su mano grande y fuerte, se dejan levantar y comienzan a caminar; junto con Jesús resucitado se convierten en peregrinos de esperanza, testigos de la victoria del Amor, de la potencia desarmada de la Vida.

¡Cristo ha resucitado! En este anuncio está contenido todo el sentido de nuestra existencia, que no está hecha para la muerte sino para la vida. ¡La Pascua es la fiesta de la vida! ¡Dios nos ha creado para la vida y quiere que la humanidad resucite! A sus ojos toda vida es preciosa, tanto la del niño en el vientre de su madre, como la del anciano o la del enfermo, considerados en un número creciente de países como personas a descartar.

Cuánta voluntad de muerte vemos cada día en los numerosos conflictos que afectan a diferentes partes del mundo. Cuánta violencia percibimos a menudo también en las familias, contra las mujeres o los niños. Cuánto desprecio se tiene a veces hacia los más débiles, los marginados y los migrantes.

En este día, quisiera que volviéramos a esperar y a confiar en los demás — incluso en quien no nos es cercano o proviene de tierras lejanas, con costumbres, estilos de vida, ideas y hábitos diferentes de los que a nosotros nos resultan más familiares—; pues todos somos hijos de Dios.

Quisiera que volviéramos a esperar en que la paz es posible. Que desde el Santo Sepulcro —Iglesia de la Resurrección—, donde este año la Pascua será celebrada el mismo día por los católicos y los ortodoxos, se irradie la luz de la paz sobre toda Tierra Santa y sobre el mundo entero. Me siento cercano al sufrimiento de los cristianos en Palestina y en Israel, así como a todo el pueblo israelí y a todo el pueblo palestino. Es preocupante el creciente clima de antisemitismo que se está difundiendo por todo el mundo. Al mismo tiempo, mi pensamiento se dirige a la población y, de modo particular, a la comunidad cristiana de Gaza, donde el terrible conflicto sigue llevando muerte y destrucción, y provocando una dramática e indigna crisis humanitaria. Apelo a

las partes beligerantes: que cese el fuego, que se liberen los rehenes y se preste ayuda a la gente, que tiene hambre y que aspira a un futuro de paz. Recemos por las comunidades cristianas del Líbano y de Siria —este último país está afrontando un momento delicado de su historia—, que ansían la estabilidad y la participación en el destino de sus respectivas naciones. Exhorto a toda la Iglesia a acompañar con atención y con la oración a los cristianos del amado Oriente Medio.

Dirijo también un recuerdo especial al pueblo de Yemen, que está viviendo una de las peores crisis humanitarias “prolongadas” del mundo a causa de la guerra, e invito a todos a buscar soluciones por medio de un diálogo constructivo.

Que Cristo resucitado infunda el don pascual de la paz a la martirizada Ucrania y anime a todos los actores implicados a proseguir los esfuerzos dirigidos a alcanzar una paz justa y duradera.

En este día de fiesta pensemos en el Cáucaso Meridional y recemos para que se llegue pronto a la firma y a la actuación de un Acuerdo de paz definitivo entre Armenia y Azerbaiyán, que conduzca a la tan deseada reconciliación en la región.

Que la luz de la Pascua inspire propósitos de concordia en los Balcanes occidentales y sostenga a los actores políticos en el esfuerzo por evitar que se agudicen las tensiones y las crisis, como también a los aliados de la región en rechazar comportamientos peligrosos y desestabilizantes.

Que Cristo resucitado, nuestra esperanza, conceda paz y consuelo a los pueblos africanos víctimas de agresiones y conflictos, sobre todo en la República Democrática del Congo, en Sudán y Sudán del Sur, y sostenga a cuantos sufren a causa de las tensiones en el Sahel, en el Cuerno de África y en la Región de los Grandes Lagos, como también a los cristianos que en muchos lugares no pueden profesar libremente su fe.

Allí donde no hay libertad religiosa o libertad de pensamiento y de palabra, ni respeto de las opiniones ajenas, la paz no es posible.

La paz tampoco es posible sin un verdadero desarme. La exigencia que cada pueblo tiene de proveer a su propia defensa no puede transformarse en una carrera general al rearme. La luz de la Pascua nos invita a derribar las barreras que crean división y están cargadas de consecuencias políticas y económicas. Nos invita a hacernos cargo los unos de los otros, a acrecentar la solidaridad recíproca, a esforzarnos por favorecer el desarrollo integral de cada persona humana.

Que en este tiempo no falte nuestra ayuda al pueblo birmano, atormentado desde hace años por conflictos armados, que afronta con valentía y paciencia las consecuencias del devastador terremoto en Sagaing, que ha causado la muerte de miles de personas y es motivo de sufrimiento para muchos sobrevivientes, entre los que se encuentran huérfanos y ancianos. Recemos por las víctimas y por sus seres queridos, y agradezcamos de corazón a todos los generosos voluntarios que están realizando actividades de socorro. El anuncio del alto el fuego por parte de los actores implicados en ese país es un signo de esperanza para todo Myanmar.

Hago un llamamiento a cuantos tienen responsabilidades políticas a no ceder a la lógica del miedo que aísla, sino a usar los recursos disponibles para ayudar a los necesitados, combatir el hambre y promover iniciativas que impulsen el desarrollo. Estas son las “armas” de la paz: las que construyen el futuro, en lugar de sembrar muerte.

Que nunca se debilite el principio de humanidad como eje de nuestro actuar cotidiano. Ante la crueldad de los conflictos que afectan a civiles desarmados, atacando escuelas, hospitales y operadores humanitarios, no podemos permitirnos olvidar que lo que está en la mira no es un mero objetivo, sino personas con un alma y una dignidad.

Y que en este Año jubilar, la Pascua sea también ocasión propicia para liberar a los prisioneros de guerra y a los presos políticos.

Queridos hermanos y hermanas:

En la Pascua del Señor, la muerte y la vida se han enfrentado en un prodigioso duelo, pero el Señor vive para siempre (cf. Secuencia pascual) y nos infunde la certeza de que también nosotros estamos llamados a participar en la vida que no conoce el ocaso, donde ya no se oirán el estruendo de las armas ni los ecos de la muerte. Encomendémonos a Él, porque sólo Él puede hacer nuevas todas las cosas (cf. Ap 21,5).

¡Feliz Pascua a todos!